

La memoria o el recuerdo

A. Darío Lara *

Verano de 2003. Mi hijo Claude me ha traído de Montreal el libro “*Jules Supervielle – Le forçat volontaire*”. Su autor, Ricardo Paseyro. Lectura inmediata entre los pinares de los Landes, a pesar de los días de la canícula de agosto. Lectura apasionante y evocadora de tantos recuerdos; nombres y hombres que se hacen presentes, en un inmenso cortejo de quienes desfilan como cansados de inmortalidad. Terminaba apenas la corrección de la CORRESPONDENCIA de Jorge Carrera Andrade con intelectuales de lengua francesa, lectura que ha revivido mi contacto con varios de ellos: Supervielle, Vandercammen, Bosquet, Verdevoie, Verhesen, Mazoyer, Rousselot, Callois, Durand, Ganzo, etc. Han desaparecido. Han muerto. NO. “Mourir c’est aller vivre ailleurs” (Alain Bosquet).

Sin embargo, el nombre de Ricardo Paseyro revive aún más mis recuerdos y nuestras reuniones en las décadas del 60, 70, cuando el muy joven uruguayo se desataba, en nuestras conversaciones, en acerbas críticas contra Neruda, en particu-

lar, y contra los escritores de la “*nomenklatura*”, “a sueldo de Moscú, de Pekín”. Lo he mencionado y citado en el Ier. tomo de “*Jorge Carrera Andrade – Memorias de un Testigo*” (páginas 168-172). He perdido su contacto; desconozco su existencia, su dirección. Apenas regresé de vacaciones, he resuelto buscarle y dialogar nuevamente con tan alto representante de las letras francohispanoamericanas.

El 30 de agosto le escribo una primera carta; como no conozco su dirección, la envío a la Embajada del Uruguay, solicitando se la haga seguir a su destinatario. Algunas líneas de aquella carta:

“Seguramente mi nombre le es desconocido. Sin embargo, tuve la suerte de encontrarle algunas veces, cuando yo frecuentaba a mi compatriota Jorge Carrera Andrade. Naturalmente, tuve el privilegio de conocer al eximio poeta Jules Supervielle, entre tantos otros escritores que frecuentábamos en aquel entonces en París...Acabo de leer su admirable libro en el que tan maravillosamen-

* Ministro en servicio pasivo del Servicio Exterior Ecuatoriano.

te nos revive al gran poeta...Por lo tanto, mucho desearía encontrarle. Como el mes de septiembre pasaré en el campo, me sería muy agradable reunirnos en el curso del mes de octubre...”

Pasan los días. Espero...espero. Al fin, el 16 de septiembre (por error ha escrito su carta con fecha 16 de agosto), recibo una contestación y emocionado leo:

“Ha sido para mí gratisimo recibir su mensaja del 30 de agosto.

Me conmueve que al cabo de tantos años haya pensado Usted en mí, y buscado mis trazas. He leído con vivo placer su carta, en la cual vibran recuerdos de Carrera Andrade y de Supervielle.

No puede Usted imaginar cuánto me entusiasma la perspectiva de vernos en octubre, a su regreso. Le guardaré siempre un profundo reconocimiento por este gesto suyo, que me permitirá rememorar en su compañía los años de mi aprendizaje como poeta...”

2 -El contacto está restablecido. Me da su dirección, su teléfono. Nueva carta mía del 21 de septiembre, para solicitarle una fotografía de Supervielle que irá en la CORRESPONDENCIA , antes mencionada. En mi carta anterior le he manifestado mi deseo de encontrarle en el

mes de octubre; el 24 de ese mes, por teléfono le comunico que seguiré en el campo y a mi regreso a París le llamaré para fijar una cita en el mes de noviembre. En efecto, nuevamente nos comunicamos por teléfono y quedamos en vernos el jueves 26, en el Café Le Valois, Plaza Río de Janeiro, frente al Parque Monceau y de la Embajada del Ecuador.

Con Nicole, mi esposa, a las 5 p.m. del día fijado estamos en el Café Le Valois. Tengo en mis manos, como convenido, su libro “*Jules Supervielle*”. Pocos minutos de espera y llega Ricardo Paseyro. Le precede una amplia sonrisa y un gesto de amistad inconfundible. Abrazos muy afectuosos. Si han pasado tantos años, su aspecto físico es excelente y conserva aún los rasgos de su juventud lozana: viveza de la mirada -reflejo inconfundible de brillante inteligencia-, facilidad de palabra y, sobre todo, cierta delicadeza de gestos que crea inmediatamente un cálido ambiente de cordialidad.

Se inicia un diálogo inolvidable, evocador. Los primeros recuerdos, los primeros “frutos de la memoria”. Una amplia retrospectiva de las décadas del 50, 60, 70. Su llegada a París, muy joven aún; sus funciones diplomáticas, Cónsul en Rouen, en El Havre; su iniciación en la labor literaria, en la poesía y a la sombra de tan eximio mentor y modelo. Como lluvia de estrellas o de las

máspreciadas joyas brotan tantos nombres que menciona en su libro, que menciono en mis libros y nos transportan a días, a sitios en que les frecuentábamos: el barrio latino, Montparnasse, los Campos Elíseos, la residencia de tal, cual poeta. Ante todo, el recuerdo imperecedero de Jules Supervielle, inmarcesible personaje, maravilloso poeta y de cuantos le rodeaban, amigos verdaderos muchos, interesados otros y que, a veces, le atacaron vilmente.

En palabras de ingenio y sencilla confesión recuerda su matrimonio con Anne-Marie, la última hija de Supervielle y como escribe en su libro: "...ella contrajo matrimonio con alguien extravagante, muy extravagante, casi loco. ¡Todavía un poeta! Gracias a Dios, no puede hacer sombra a Supervielle; escribe en español y cultiva el arte de hacerse de enemigos; se atreve también a contradecir a su padre político. Estos defectos no perturban sus relaciones..."

Por mi parte, en pocas palabras -son tan pobres mis labores-, rememoro mis pasadas actividades en la Embajada; mis labores docentes en la "Catho", en la Universidad de París X y la oportunidad que tuve de frecuentar a tantas distinguidas personalidades, a tantos representantes de las letras, de la cultura de Francia, pero más aún, de nuestros países hispanoamericanos; nombres que aquí hoy evocamos,

con tanto afecto, con tanta nostalgia también.

Ricardo es una mina inagotable de la historia, de las letras de aquellos años. Cada nombre trae a la memoria escenas, hechos que no ha olvidado, que no podemos olvidar. En cálidas frases evoca a Carrera Andrade, a quien guarda una profunda admiración; ha traído uno de los libros que Jorge le ha dedicado, "*Misterios Naturales*"; conserva vivo su recuerdo y va hasta mencionar rasgos de su vida de cuanto se refiere al ilustre poeta, rasgos que ignora. Así, en alguna ocasión se encontró con un Embajador del Ecuador; le pidió noticias del poeta ecuatoriano; con asombro oyó esta declaración: "No le conozco; a mí no me interesa la poesía; tan sólo el comercio". No extraña; pues no ha sido raro que más de una vez nuestros "*representantes*" en el exterior hayan sido *comerciantes* que mercaron tales cargos de los gobiernos de turno, y en lugar de un Zaldumbide, de un Escudero, de un Carrera Andrade y algunos más -que han dado prestigio al país- la vara (el comercio), haya primado sobre la lira (la poesía).

Conozco las ideas políticas de Ricardo totalmente opuestas a todo cuanto significa marxismo. Lo conoce muy bien, ya que él mismo lo ha declarado: "He militado en el Partido comunista uruguayo de 1947 a 1951. Lo abandoné en 1952. Una es-

tadía de algunos meses en las “*démocracias populares*” me había bastado para comprender.” Como Sábato, Octavio Paz, Vargas Llosa y tantos otros ilustres nombres de ambos continentes, pronto comprendió lo espantoso de aquel régimen totalitario “el más opresor del siglo”, añade ...Con Camus pudo afirmar:”Yo no aprendí la libertad en Marx”.

Nada extraño por lo mismo que en adelante Ricardo detestara todo cuanto se refiere a tal régimen y a todos los “comunistoides” (así los llama), que han puesto su pluma al servicio de tales ideas, en cambio de un salario por servicios prestados a “la causa del pueblo”. Y el primero, víctima de sus ataques, Pablo Neruda, de quien ha escrito “las páginas más virulentas y muy bien documentadas”. No tiene muchas consideraciones para otro Nobel, O.P., así como para notables poetas franceses y españoles que militaron en las filas marxistas. Bastante reticente en cuanto a A.B., a quien reprocha haber buscado, ante todo, la gloria y el dinero. N.G., el poeta cubano, le es más bien simpático, pese a su marxismo, por cierto aire de autenticidad, de ingenuidad. Las críticas más crueles, esta tarde, son para un profesor francés que inició su labor literaria en los diarios comunistas *L’Humanité*, *Lettres Françaises*, y luego pasó a *Le Figaro*, a *Le Monde*, “porque pagan más, y sin embargo, no deja de frecuentar Cuba, de reci-

bir distinciones de su “amigo Fidel”, de traducir a poetas y autores de segunda y tercera clase, porque encontraron en él “al traductor más barato”. La opinión de Ricardo no hace sino confirmar lo que se comprueba en los últimos años, según comenta un fino y perspicaz crítico, porque “parece un sér que descubrió al fin la fórmula para no seguir envejeciendo físicamente”.

La conversación cambia de tono, se vuelve más serena, al evocar los nombres de amigos como Mazoyer, Verdevoie, Liscano, cuya muerte ignoraba Ricardo, y naturalmente los más cercanos de nosotros: Carrera Andrade, Supervielle. Me extrañó que habiendo vivido tantos años en París, frecuentado la Unesco ignorara hasta la “existencia” de un compatriota que ha escrito un libro, un poema, a Stalin y haya cantado a Mao, a Fidel...Seguramente su repugnancia de cuanto significa marxismo.

Ricardo tiene actualmente un libro en prensa, uno más que se añadirá a su ya larga producción literaria, en francés y español; promete enviarme tan pronto como se edite. Me ofrece otras fotografías de Supervielle y como esperaba nos dedica el libro que tengo, a Claude y a mí, con estas bellas palabras:”... esperando que nos veremos antes de los próximos cincuenta años”. Por mi parte, me es grato dedicarle los

dos tomos que no conoce, de “Jorge Carrera Andrade – Memorias de un Testigo” y un ejemplar de la revista AFESE, en que va mi estudio “Obra poética de Jorge Carrera Andrade”.

4 - Hemos pasado más de una hora. La conversación no ha disminuído de interés ni de animación; pero, debemos retirarnos. Quedamos en vernos más a menudo y, en todo caso, “antes de los cincuenta años”, como Ricardo ha escrito en su bella dedicatoria.

Al despedirnos y separarnos, llevo la impresión de haber vivido, mejor revivido en esta hora, tantas felices horas de un pasado que no ha muerto. De regreso a la soledad de mi hogar, para prolongar los instantes de tan encantadora entrevista no encuentro otro recurso más apropiado para prolongar felices emociones como el de tomar de la biblioteca algún libro, un libro de Carrera Andrade, hojear algunas páginas, detenerme abismado en párrafos admirables en que el poeta evoca (como yo en estos instantes) a todo un mundo invisible y, sin embargo, tan presente; ese mundo que lo forman:

“...otros seres amados (que) habían desaparecido igualmente.

A todos los convoqué para mí íntimo convite o ‘festín de la memoria’...Desde esos días, los seres amados ya no me abandonan: acuden a

sentarse alrededor de la mesa de mi memoria, más vivos que en la vida, y pueblan mi soledad.

Es mi ‘familia de la noche’, mi verdadera familia que puede influir sobre mi destino y dictarme actos más trascendentales.

A donde quiera que yo vaya me acompañan mis huéspedes nocturnos, y así ya nunca estoy solo y cuando entro en algún aposento, la gente se aparta de mí como para dejar sitio a una multitud...” (“Interpretaciones Hispanoamericanas”, páginas 55, 56).

Después de esta lectura, después de una entrevista impresionante, inolvidable, nada extraño que me encuentre en íntimo desacuerdo con el título que mi querido Alain Bosquet ha dado a uno de sus más encantadores libros, que leo actualmente, “La mémoire ou l’oubli”, (La memoria o el olvido). No, inolvidable Alain, más que nunca y mejor:

“La memoria o el recuerdo”